

Bernardo de Quirós, médico de Felipe II, autor del *Viaje de Turquía*

Antonio García Jiménez
(IS)

La afición a leer libros antiguos, las bibliotecas digitales y esa poderosa herramienta que son los buscadores de Internet, unido a la buena suerte que para todo hace falta, pueden deparar sorpresas tan agradables como descubrir enigmas literarios que han permanecido ocultos durante siglos. Tal como el del ignoto autor del *Viaje de Turquía*, obra escrita mediado el siglo XVI (1557-1558) y considerada el mejor ejemplo de la influencia del pensamiento de Erasmo de Rotterdam en España (Abellán).

En palabras del gran hispanista Marcel Bataillon, el mayor estudioso del erasmismo español, “el *Viaje de Turquía* es sin contradicción la obra maestra de la literatura a la vez seria y de pasatiempo que España debe a sus humanistas erasmianos” (36). Quién pudo ser su autor ha sido una incógnita hasta ahora. Pero la clave puede desvelarse mediante un libro publicado en Madrid en 1570 por el cirujano del rey Juan Fregoso (Joan Fregoso), dedicado a la enseñanza teórica y práctica de la cirugía y titulado pomposamente *Erotemas quirúrgicos* (Madrid: Pierres Cosin, a costa de Sebastián Ibáñez), donde se incluye en los preliminares una carta dedicatoria a un médico prácticamente desconocido en la historia de la medicina española por no haber escrito que se sepa obra alguna, pero que resulta ser, según se deduce de dicha carta, el autor del *Viaje de Turquía*.

La *Carta al illustre señor el doctor Bernardo de Chirós, médico de la Cámara de su Magestad y su protomédico general en todos sus reynos* puede leerse digitalizada. Fregoso (o Fragoso) comienza diciendo lo necesaria que es la publicación de un libro sobre cirugía en romance castellano dado que la mayoría estaban escritos en latín y muchos cirujanos, considerados entonces inferiores a los médicos, no sabían latín; y pasa a continuación a elogiar a Bernardo de Quirós, médico a quien correspondía examinar a los que aspiraban a ejercer la medicina y la cirugía en España y hombre que, según dice, estaba “adornado de todo género de virtudes.”

Pero si pensamos que el autor del libro se limita a adular a Quirós para obtener su amparo y dar más valor a su obra, lo que era habitual en la época, enseguida nos desengaña con este párrafo que nos descubre de golpe al escondido autor del *Viaje de Turquía* y que transcribo de forma literal:

Cosa es bien notoria que siendo Vuestra Merced medico del duque de Medinaceli en la jornada por mar para Italia, y aviendo caydo en poder de los Turcos fue llevado a Constantinopla, y merescio ser medico del Emperador Solimano, con aquella libertad y regalos que se puede imaginar. Y escapandose despues dentre aquella Barbara gente aporto en España, y començando nuevamente a resonar sus obras, fue tan acepto y tambien rescebido de todos que llego a ser medico de otro mejor Principe y Monarca, digo de Philippo II, Rey christianissimo y señor nuestro, con tanta aceptación y benevolencia como todos saben. Querer yo Ilustre Señor passar mas adelante en publicar alabanças, ni basta mi ingenio, ni creo que Vuestra Merced lo permitira, asi por su grande humildad como porque dezir cosas dichas y tan repetidas de otros podria en parte no carescer de reprehension... (18)

¡Un médico español apresado por las galeras turcas en el mar de Italia que ejerció en la corte de Solimán el Magnífico en Constantinopla y logró más tarde huir y regresar a

España! Ese es precisamente el núcleo de la peripecia vital de Pedro de Urdemalas, el protagonista del ‘Viaje de Turquía’.

Es así como un libro intrascendente como los *Erotemas quirúrgicos*, que sólo tiene interés para la historia de la cirugía en España, contiene en su interior una joya preciosa: la resolución del enigma de la autoría de una obra que se atrevía al inicio del reinado de Felipe II a criticar, entre otras cosas, la hipocresía de muchos clérigos y frailes, las supersticiones religiosas, el culto a las falsas reliquias y las peregrinaciones. Y el autor de este panfleto incendiario, Bernardo de Quirós, llegó a ser unos años después, ni más ni menos, que uno de los principales médicos del rey, lo que nos obliga una vez más a replantearnos ideas preconcebidas y desterrar algunos prejuicios heredados.

El *Viaje de Turquía* quedó en manuscrito (no se llegó a publicar hasta el siglo XX por Serrano y Sanz), no porque su autor lo quisiera así, sino porque su composición coincidió en el tiempo con un endurecimiento de la política religiosa y fue imposible llevarlo a la imprenta. El emperador Carlos V fue el principal impulsor de las ideas de Erasmo en España, súbdito suyo, y fue quien inspiró la convocatoria del Concilio de Trento para llegar a un punto de acuerdo con los luteranos alemanes. Pero a medida que se extendía la herejía la tolerancia fue menor y el erasmismo fue cada vez más perseguido por la Inquisición, verdadero poder fáctico de entonces (Kamen, Pérez). Es así como justo cuando el protagonista del *Viaje de Turquía* regresa a España y escribe su obra (1557, fecha de la dedicatoria a Felipe II) se está produciendo el gran cambio. Al año siguiente se endurecen la censura de los libros y las condiciones para imprimir y se captura a un grupo de luteranos en la misma corte de Valladolid parte de los cuales serán quemados en 1559 en las hogueras inquisitoriales.

Pero a los ojos del rey el *Viaje de Turquía* no sólo contenía ideas que podían ser consideradas heterodoxas, aunque el autor deje patente su condición de buen cristiano, sino algo muy importante para la defensa del imperio español. Pedro de Urdemalas, el alter ego de Bernardo de Quirós, era alguien que había pasado casi cuatro años cautivo de los turcos en Constantinopla y había obtenido el favor del Sultán. Era alguien que conocía bien la maquinaria administrativa y militar de uno de los mayores enemigos de la Corona. Había sido un espía de lujo y ocupaba un puesto privilegiado en la Casa Real justo cuando se produjo la gran victoria de Lepanto sobre los turcos.

Puede que todavía haya quien, pese al claro testimonio del libro de Fregoso, necesite más pruebas respecto a que el médico Quirós, esclavo durante un tiempo en Turquía, es sin ningún género de duda el autor del *Viaje de Turquía*. Al fin y al cabo, el autor mismo dio pie a la confusión al no dar su nombre y componer la obra como un diálogo entre tres personajes ficticios sacados del acervo popular: el protagonista, Pedro de Urdemalas, y los dos compañeros a quienes cuenta su peripecia, Juan de Voto a Dios y Mátalas Callando. Este recurso literario llevó a pensar a muchos estudiosos que podría tratarse de una autobiografía ficticia, dado que la investigación ha demostrado que hay pasajes en la obra que fueron prácticamente copiados de testimonios de algún cautivo y de autores, sobre todo italianos, que habían escrito años antes sobre la vida y las costumbres de los turcos.

De esa opinión fue el gran hispanista Bataillon, quien probablemente se dejó influenciar por el *Lazarillo de Tormes*, obra de la que fue también un gran investigador. Como el *Lazarillo* es un prodigioso ejemplo de autobiografía ficticia que todavía causa asombro (nunca existió un Lázaro de Tormes de carne y hueso), Bataillon pensó que quizá el *Viaje de Turquía*, escrito en la misma década de 1550, era también una obra similar. Por tanto, podría ser una invención y no había necesidad de que su autor hubiera estado nunca en Turquía. Lo que sí vio claro Bataillon es que el autor de la ‘novela’ tenía que ser por fuerza un médico, porque a lo largo de la obra son numerosos los pasajes en que

se muestra como un consumado profesional, empleando técnicas, utilizando medicamentos y hablando en términos que no es fácil imitar por alguien que no esté versado en el arte de la medicina. Vemos a Pedro de Urdemalas, que se declara un simple médico de pulso y orina, haciendo sangrías y purgas a sus compañeros de cautiverio y a su amo, Sinán Bajá, el general de la armada turca del que era esclavo, disputando con los médicos judíos de éste, asistiendo a gente por toda Constantinopla y finalmente curando a una hija del sultán Solimán.

Es una insistencia tan apabullante que costaría creer que el protagonista se ha hecho pasar por médico sin serlo. De hecho, Bataillon pensó que debía tratarse de un gran médico y dio por autor del *Viaje de Turquía* a uno de los mejores representantes del galenismo humanista de la época, Andrés Laguna, autor de una traducción y unos comentarios a la *Materia médica* de Dioscórides que por sus espléndidos grabados de hierbas medicinales es una de las joyas bibliográficas del siglo XVI. Laguna viajó por toda Europa pero no se sabe que hubiese estado jamás en Turquía.

Manuel Serrano y Sanz, el primero que editó el *Viaje de Turquía* en 1905, había dado por padre de la obra a Cristóbal Villalón, escritor que no era médico pero a quien se atribuyen obras de claro contenido erasmista y es autor de una *Gramática castellana* publicada en 1558. Lo que llevó a Serrano y Sanz a emparejar a Cristóbal Villalón con el *Viaje de Turquía* es sobre todo la furibunda crítica que esta última obra contiene hacia la *Gramática* de Antonio de Nebrija, que era la empleada por los españoles para aprender latín y también español, crítica coincidente con la de Villalón.

En opinión de Pedro de Urdemalas, los españoles eran los más incapaces de hacerse entender en Europa en latín, la lengua internacional, debido a que habían aprendido con el manual de Nebrija, que no era práctico y no enseñaba a pronunciar bien. Pero eso mismo les pasaba con todas las lenguas extranjeras. Asombra a casi cinco siglos de distancia el juicio tan moderno que hace el protagonista del *Viaje de Turquía* sobre la necesidad de aprender bien a pronunciar, defecto común a los españoles de ahora y de siempre cuando salen por el mundo. Urdemalas confiesa saber seis lenguas y cualquiera que lea sus peripecias puede muy bien creerle.

La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes todavía da como autor del *Viaje de Turquía* a Cristóbal Villalón, pero no parece que haya otra razón más de que se trata de la hipótesis apadrinada por el primer editor de la obra, Serrano y Sanz. Aunque no hay noticia alguna de que Villalón hubiera estado en Turquía, Serrano pensaba que se trataba de una auténtica autobiografía, que el autor no podía haber inventado tal cantidad de nombres, datos y aventuras y, sobre todo, que era inconcebible que hubiera dedicado a Felipe II una obra ficticia y se declarara reiteradamente testigo de vista de lo que relata. Parece de sentido común, pero como todos sabemos éste es el menos común de todos los sentidos.

Que había mucho de verdad en el relato pese a que su autor hubiese utilizado fuentes librescas para complementar o adornar sus experiencias también lo vio el último gran editor del *Viaje de Turquía* (Fernando García Salinero).¹ Dado el número de veces que se cita a los comendadores de la Orden de San Juan de Jerusalén o de Malta en la obra (hay hasta doce alusiones), entre otras razones, Salinero creyó que el autor de la obra debió formar parte de esta Orden, mitad militar mitad religiosa, que combatía a los musulmanes en el Mediterráneo. Formuló la hipótesis de Juan de Ulloa Pereira, caballero de la Orden que fue penitenciado por la Inquisición por sus ideas luteranas y que durante

¹ La bibliografía sobre la obra y sus fuentes es muy abundante. Aquí destacaremos los estudios de Gil & Gil, Moner y Ortolá (centrados en la dicotomía realidad-ficción en la obra), así como Delgado-Gómez (para la base médica del texto) y la tesis doctoral inédita de Markritch.

su peligrosa vida en la mar podría muy bien haber sido capturado en alguna ocasión por los turcos.

Todas las hipótesis anteriormente mencionadas tenían algo de fundamento, pero el testimonio del cirujano Fregoso parece inapelable. Y no sólo porque nos cuente la esclavitud y fuga del médico Bernardo de Quirós de Turquía y su privanza en la corte del Sultán, sino también porque al darnos su nombre nos permite buscar otras pruebas que corroboren su autoría dentro mismo del texto del *Viaje de Turquía*. “Siendo Vuestra Merced médico del duque de Medinaceli,” dice Fregoso recordando el momento de la captura de Quirós por las galeras turcas el 4 de agosto de 1552 junto a la isla italiana de Ponza. Pues bien, en todo el *Viaje de Turquía* sólo se habla de una casa nobiliaria española, de un título, y ése es el duque de Medinaceli, del que los tres personajes del diálogo elogian sus virtudes a propósito de una anécdota protagonizada por el pintor del II duque, Juan de la Cerda. Incluso uno de los personajes, Juan de Voto a Dios, dice que la anécdota se la había contado el duque heredero, a quien llama “mi hijo de confesión.”

Tanta familiaridad parece sospechosa, pero la auténtica prueba del nueve viene cuando conocemos la biografía del duque de Medinaceli del que era médico Bernardo de Quirós en el momento de ser apresado por los turcos. Este duque era Gastón de la Cerda, que lo fue hasta 1552 y que fue precisamente gran prior de Castilla de la Orden de San Juan de Jerusalén o de Malta (Salvá). Estaba pues fundada la sospecha de Salinero respecto a que el autor del *Viaje de Turquía* tenía algo que ver con esta Orden dado el número de veces que son citados en la obra sus comendadores. Además, los duques de Medinaceli eran también condes del Puerto de Santa María, en Cádiz, y éste era uno de los lugares de donde salían las galeras reales en sus incursiones por el Mediterráneo.

Pocas dudas parecen quedar, pues, de que estamos ante el auténtico autor de este documento verídico sobre la dura vida de las galeras y la costumbres de la Turquía del siglo XVI que es mitad reportaje vivo y colorista mitad novela de aventuras. Es una pena que apenas sepamos nada de la biografía de Bernardo de Quirós, pero algo podemos deducir conociendo la historia de la Casa de los duques de Medinaceli, cuyos archivos guardan abundante información. Gastón de la Cerda, el III duque a quien sirvió como médico en su juventud, fue un personaje verdaderamente singular. El historiador coetáneo Esteban de Garibay pensaba que no estaba en su sano juicio. Lo describe como “cojo, pequeño, flaco y no muy libre de entendimiento” (citado por Layna; de la colección Salazar y Castro de la Real Academia de la Historia [Garibay, M.S.T. VIII]).

). Poco parece cuadrar este retrato al prior de Castilla de la Orden de Malta, pero escarbando un poco más comprobaremos que éste debió ser sólo un título honorífico y que pocas veces debió don Gastón echarse a la mar.

En agosto de 1552, cuando Bernardo de Quirós fue capturado en una de las siete galeras de la armada apresadas por los turcos, Gastón de la Cerda acababa de morir y había heredado el ducado de Medinaceli y sus prerrogativas su medio hermano, el IV duque, Juan de la Cerda, quien más tarde sería nombrado virrey de Sicilia y llegaría a mandar las galeras reales en el desastre de la isla de los Gelves en 1560. Gastón de la Cerda, que era un segundón, había sido en su juventud monje jerónimo y profesó durante unos años en el monasterio de San Bartolomé de Lupiana, en Guadalajara. Al morir joven el primogénito de la casa de Medinaceli, Luis de la Cerda, Gastón se salió del convento y quiso heredar el mayorazgo, pero su padre lo impidió por su débil complexión y porque había hecho voto de celibato. Se casó, pero su matrimonio no se consumó y fue anulado por el Papa, y al final aceptó un acuerdo con su padre, refrendado por el emperador Carlos V, según el cual sería prior de la Orden de Malta y duque de Medinaceli en vida pero a su muerte el título pasaría al primogénito de los hijos del segundo matrimonio del padre, Juan de la Cerda.

Es así como, a la muerte de su padre, Gastón fue duque entre 1544-1552 y vivió en el magnífico palacio renacentista de Cogolludo, localidad de la que los Medinaceli eran también marqueses. Y aquí en el palacio de Cogolludo encontramos otro lazo que ata a Bernardo de Quirós, el médico del duque, con el *Viaje de Turquía* que escribiría a la vuelta de su cautiverio. El Archivo de Chancillería de Valladolid ha conservado, y es bien conocido por los historiadores de la literatura (Alonso Cortés), el pleito que libraron el patriarca del teatro español, Lope de Rueda, y su mujer Mariana con el duque Juan de la Cerda a la muerte de su hermano Gastón por los años que Mariana había actuado ante éste en Cogolludo. Todos los testigos que prestaron testimonio ante los oidores de la Chancillería coincidieron en elogiar las cualidades de Mariana como actriz, cantante y bailaora. Le daba “gran placer y contentamiento” (Alonso Cortés 24 et ss.), dicen algunos de ellos, que, no obstante, señalan que, pese a la inclinación del duque hacia Mariana, sus relaciones eran honestas. Era tal la dependencia por esta mujer del que había sido monje jerónimo, que la daba de comer de su plato y hasta cuando salía de caza no podía prescindir de ella; le hacía cortarse el pelo y vestirse de hombre. Lope de Rueda, que se casó con Mariana el mismo año en que murió el duque, en 1552, y que había conocido a ésta tiempo antes en Cogolludo, reclamaba 150.000 maravedís por los seis años que su mujer había servido a don Gastón. Al final, la sentencia definitiva se dio en 1557 y Juan de la Cerda fue condenado a pagarles 60.000.

Entre los testigos de este pleito figuró un criado del médico Bernardo de Quirós, quien seguramente conoció a Lope de Rueda en persona en Cogolludo antes de su cautiverio y que a su vuelta pudo seguir de cerca los últimos coletazos del litigio. Es fácil sospechar que para componer su diálogo Quirós se inspiró en los célebres pasos de Rueda, que debió ver representados, y que, igual que el gran pionero de la escena, se valió de personajes arquetípicos como protagonistas del *Viaje de Turquía*, obra a la que imprimió el tono desenfadado y apicarado que apreciamos en las de Rueda.

No he encontrado ninguna referencia documental de Quirós tras su vuelta de Turquía y antes de 1570, lo cual no quiere decir que no la haya. Lo más probable es que estuviera al servicio del nuevo duque de Medinaceli, Juan de la Cerda, quien partió para Sicilia al ser nombrado virrey en 1557. En el desastre de 1560 de los Gelves fue capturado por los turcos uno de sus hijos, el joven Gastón. El duque intentó rescatarle pero al cabo de algunos años se supo que había muerto en el cautiverio de Constantinopla. Es muy posible que el duque se sirviera mientras tanto para las gestiones de los amplios conocimientos de su médico Bernardo de Quirós, quien había pasado por las mismas circunstancias.

Juan de la Cerda volvió luego a España para ser nombrado virrey de Navarra y posteriormente mayordomo mayor de la nueva reina, Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II. Es entonces cuando encontramos a Bernardo de Quirós como protomédico general de todos los reinos de la monarquía y podemos leer comentarios elogiosos hacia su persona de otros grandes médicos del momento, además del realizado por el cirujano Fregoso, que nos da la clave de la autoría del *Viaje de Turquía*. Así, el sevillano Nicolás Monardes, célebre por haber incorporado a la farmacoterapia de la época numerosas plantas e hierbas descubiertas en América, en obras que fueron difundidas y conocidas en toda Europa,² dedicó a Bernardo de Quirós (él lo llama Bernaldo) una obra que también fue muy popular en España, *El libro de la nieve y sus provechos*, en el que defiende que enfriar las bebidas es bueno para la salud. Publicado en Sevilla, por Alonso Escribano, en 1571, Monardes destaca en su dedicatoria la posición de Quirós como médico principal de Felipe II con el tono panegírico propio de entonces:

² Nicolás Monardes, *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* (Sevilla, 1571), 1574 [edición ampliada]).

Las letras, valor y reputacion de Vuestra Merced son notorias al Mundo. Pues está encargado de conservar y regir la salud del que lo tiene en sus manos, como Medico dignísimo de su Camara... (*Dedicatoria* 3)

Pero el homenaje más cumplido a Quirós lo hizo Luis de Toro, médico en Plasencia del marqués de Mirabel, Luis de Ávila y Zúñiga, quien acompañó al emperador Carlos V en mil batallas e influyó en que eligiera el monasterio de Yuste para su retiro. El tratado sobre el tifus exentemático o fiebre punticular,³ más conocido popularmente como tabardillo o pintas, considerado hoy un clásico del diagnóstico clínico de esta enfermedad, fue escrito por Luis de Toro como homenaje a su señor, que murió en 1573, un año antes de su publicación. El marqués se había mostrado interesado por esta enfermedad contagiosa que era de aparición reciente y en los preliminares del libro aparece preguntando sobre la misma no a su médico, sino al doctor Bernardo de Quirós, quien en la obra ocupa un puesto preeminente. Luis de Toro concibió su libro, escrito en latín, como un diálogo entre tres médicos: Quirós, otro médico llamado Núñez y él mismo, y son constantes los elogios que se prodigan a Quirós, capaz de interpretar las cosas más oscuras que escribió Galeno, a juicio del autor. Lo que no deja de ser sorprendente es este exceso ditirámico hacia un médico del que no se conoce que escribiera nada. Ya lo constató así en el siglo XIX Antonio Hernández Morejón, médico de la reina Isabel II, en su *Historia bibliográfica de la medicina española*, en la que dice que no había visto ninguna obra de Bernardo de Quirós ni había mención de ellas en otros historiadores (III, 169).

Francisco Vallés, llamado *el Divino* por la habilidad que tenía en curar a Felipe II, sustituyó a Quirós como protomédico general, pero en su caso sus libros eran ya muy conocidos desde hacía años. Como pionero de la anatomía patológica, fue el primero que impartió clases prácticas con cadáveres en la Universidad de Alcalá, un curriculum que no podía exhibir Quirós, también estudiante de Alcalá a juzgar por la mención que de esta universidad se hace en el *Viaje de Turquía*. Todo parece indicar que el enorme prestigio de que gozaba Bernardo de Quirós como médico no procedía de libro alguno sobre esta materia que hubiera escrito, sino de su enorme experiencia, de su ojo clínico entrenado durante los años de su cautiverio en Turquía, que le valió ser médico de la corte del Sultán y curar a una hija del mismo Solimán.

No he encontrado ninguna otra referencia a Quirós después de la de 1574. Puede que no viviera mucho más. En el diálogo de Luis de Toro (29) él mismo se declara compañero del médico Juan Bravo de Piedrahita, profesor en la Universidad de Salamanca, por lo que es posible que acabara de profesor en esta universidad tras dejar de ser médico del Rey.

Si hoy podemos leer el *Viaje de Turquía* se lo debemos en gran parte al culto I conde de Gondomar, Diego Sarmiento de Acuña, embajador en Londres y amigo del rey Jacobo I de Inglaterra. La biblioteca de su palacio de Valladolid fue una de las mayores del siglo XVII y en ella se conservó el manuscrito de la obra (sólo se conocen cinco)⁴ que se considera más fiel al autógrafo del propio Bernardo de Quirós, si no es que se trata del

³ *De la fiebre epidémica y nueva, en latín punticular, vulgarmente tabardillo y pinta: su naturaleza, conocimiento y medicación* (ver vol. 13 de *Biblioteca clásica de la medicina española*, Madrid: Cosano, 194 [1574])

⁴ Manuscrito M-1 (Ms. 3871, Biblioteca Nacional de España). Manuscrito M-2 (Ms. 6395, Biblioteca Nacional de España). Manuscrito E (Ms. J-II-23, Biblioteca del Monasterio del Escorial). Manuscrito T (Ms. 259, Biblioteca Pública de Santa Cruz de Toledo). Manuscrito Mo (Ms. 512, propiedad de doña Mariana Brey, Madrid). Amplia información sobre los manuscritos en García Salinero (ver Vian Herrero).

código escrito de su propio puño y letra como algunos investigadores piensan. Personalmente creo que lo que más le gustaba de esta obra al conde de Gondomar y la razón por la que se hizo con el manuscrito y lo conservó es porque incluye una referencia a los *héroes de Castilnovo*, una de las acciones de armas que mejor reflejan el espíritu imperial español y que más pronto se mitificaron. Al frente del tercio que se enfrentó a los turcos y murió gloriosamente en la batalla había estado un Sarmiento, el maestre de campo Francisco Sarmiento de Mendoza, pariente del conde de Gondomar por vía paterna.

Muchas cosas hay en el *Viaje de Turquía* que pueden atraer la curiosidad del lector de hoy, pero si hay algo que todavía estremece es esa alusión del autor a la miserable vida de los españoles cautivos de los turcos en Constantinopla. Dedicó su libro a Felipe II en gran parte para pedir al Rey que acudiera en su socorro. El doctor Quirós conoció personalmente en Turquía a algunos supervivientes de la matanza de Castilnovo, un punto que los españoles fortificaron en la costa dálmata, el actual Montenegro, cuando Carlos V soñaba con recuperar Constantinopla para la cristiandad. Según las modernas investigaciones, unos 3.500 españoles se enfrentaron en 1539, en un asedio por tierra y mar, a fuerzas diez veces superiores. Se calcula que sólo 400 sobrevivieron a la batalla, aunque no al cautiverio. Pedro de Urdemalas, alter ego de Quirós, incluye en su relato esta referencia: "...después que en el mundo hay guerras nunca hubo más valerosa gente ni que con más ánimo peleasen hasta la muerte... Aunque yo no lo vi, lo sé de los mismos turcos que me lo contaban y lo tienen en la cabeza de todas las hazañas que en tiempos ha habido" (García Salinero ed, 250). Los turcos apilaron los cadáveres de los españoles muertos y desde los barcos que surcaban el Adriático cerca de la costa, durante años, pudo verse los huesos de los esqueletos refulgiendo a pleno sol. A los pocos años del hecho ya circulaban poemas recordando la numantina defensa española de la fortaleza de Castilnovo. El poeta Gutierre de Cetina compuso el soneto *A los huesos de los españoles muertos en Castilnovo* [Castelnuovo] cantando la gloria imperecedera que habían obtenido (López Bueno ed.).⁵ No menos que a mí, debe Bernardo de Quirós a Google y a la tecnología digital el haber sido rescatado del abismo de la Historia, pero es muy probable que la emotiva alusión que hizo a esa mítica derrota honrosa fuera lo que salvara para la posteridad su *Viaje de Turquía*.

⁵ "Héroes gloriosos, pues el cielo / os dio más parte que os negó la tierra, / bien es que por trofeo de tanta guerra / se muestren vuestros huesos por el suelo. / Si justo desear, si honesto celo / en valeroso corazón se encierra, ya me parece ver o que se atierra / por vos la Hesperia vuestra o se alza a vuelo. / No por vengaros, no, que no dejaste / a los vivos gozar de tanta gloria, / que envuelta en vuestra sangre la llevaste; / sino para probar que la memoria / de la dichosa muerte que alcanzaste / envidiar se debe más que la victoria".

Obras citadas

- Abellán, José Luis. *El erasmismo español*. Madrid: Espasa-Calpe, 1982
- Alonso Cortés, Narciso. *Un pleito de Lope de Rueda, nuevas noticias para su biografía*. Valladolid: V. Suárez, 1903.
- Bataillon, Marcel. *Le Docteur Laguna auteur du Voyage en Turquie*. París: Editions Espagnoles, 1958
- Delgado-Gómez, Ángel. *De la medicina a la literatura: El viaje de Turquía*. Austin: Universidad de Texas, 1982.
- Fregoso, Joan [Juan Fragoso]. *Erotemas quirúrgicos en los que se enseña todo lo más necesario del arte de cirugía*. Madrid: Pierres Cosin, a costa de Sebastián Yuáñez, 1570.
<http://www.cervantesvirtual.com/obra/erotemas-quirurgicos-en-los-que-se-ensena-todo-lo-mas-necesario-del-arte-de-cirurgia/>.
- García Morales, Justo, ed. *Viaje de Turquía*. Madrid: Aguilar, 1946.**
- García Salinero, Fernando. *Viaje de Turquía (la odisea de Pedro de Urdemalas)*. Madrid: Cátedra, 1986.
- García Solalinde, Antonio, ed. *Edición y prólogo del Viaje de Turquía*. Buenos Aires: Austral, 1946.
- Gil, Luis, & Juan Gil. "Ficción y realidad en el *Viaje de Turquía*." *Revista de Filología Española* 45 (1962): 89-160.
- Hernández Morejón, Antonio. *Historia bibliográfica de la medicina española*. Madrid: Viuda de Jordan e Hijos, 1843 [1842].
- Kamen, Henry. *La Inquisición española: una revisión histórica*. Barcelona: Crítica, 2009.
- Layna Serrano, Francisco. *Historia de Guadalajara y sus Mendoza en los siglos XV y XVI*. Madrid: CSIC, 1942.
- López Bueno, Begoña. *Gutierre de Cetina, poeta del Renacimiento español*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 1978.
- Markrich, W.L. *The 'Viaje de Turquía': a study of its Sources, Authorship and Historical Background*. Tesis doctoral inédita. University of California, Berkeley 1955.
- Moner, Michel. "Aspectos de la teatralidad en el *Viaje de Turquía*." En *Actas del I Congreso de Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. London: Tamesis, 1990. 333-344.
- Ortolá, Marie-Sol. *Un estudio del Viaje de Turquía: autobiografía o ficción*. Londres: Tamesis Books Limited, 1983.
- , ed. *Viaje de Turquía*. Madrid: Castalia, 2000.
- Pérez, Joseph. *Breve Historia de la Inquisición en España*. Barcelona: Crítica, 2009.
- Sainz de Robles, Federico Carlos ed. *Viaje de Turquía*. Madrid: Los Amigos de la Historia, 1973.**
- Salvá, J. *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*. Madrid: CSIC, Instituto Histórico de la Marina, 1944.
- Serrano y Sanz, Manuel. *Autobiografías y memorias*. Madrid: NBAE (II), 1905. Introducción, págs. CX- CXXIII; transcripción del Ms. 3871, págs. 1-149
- Sevilla Arroyo, Florencio, & Ana Vian. "Para la lectura completa del *Viaje de Turquía*. Edición crítica e introducción". *Criticón* 45 (1989): 5-70.
- Velloso, José Miguel, ed. y adapt. José Bort ilustraciones. *Viaje de Turquía*. Madrid: Aguilar, 1963.**
- Vian Herrero, Ana. "Los manuscritos del *Viaje de Turquía*: notas para una edición crítica del texto." *Boletín de la Real Academia Española* 68 (1988): 455-496.